



# Forja

Nº 16 Primavera Verano 2008

Boletín de la Asociación Mesa de Trabajo por Los Navalmorales

Dirección: Germán Pinto Recuero.

Consejo de Redacción: Junta Directiva

Fotografías: Forja

Asesoramiento técnico: Alberto Zamora

## Sumario

Habla Forja

Las calles de mi pueblo

La Torre

El retablo

El portalón

Cosas de aquí



## HABLA FORJA

**H**ay quien opina que Forja solamente es accesible para un pequeño grupo de lectores. Achaca el hecho, entre otras razones, a la dificultad que le supone encontrarla en la red. Puede que tenga razón y que haya sentido esa dificultad a la hora de contactar con el boletín. Dificultad que esa misma persona dice no sentir al buscar otras páginas, hacer un blog o participar en cualquier foro de internet.

Cualquier persona tiene derecho a contactar con nosotros y a participar en un medio que está abierto a todas las opiniones y a todos aquellos que crean que aquí pueden encontrar un vehículo de expresión serio en temas que guarden relación con los Navalmorales.

Nos gustaría que fuera esa dificultad la única causa del silencio de muchas voces capacitadas que, en determinado momento, ofrecieron su colaboración.

Este es el motivo por el que hoy recordamos que Forja se encuentra en una página web. en la que podéis hallar todos los números editados digitalmente:

<http://www.loснаvalmorales.com/mesa/>

Y sobre todo que [mesa@loснаvalmorales.com](mailto:mesa@loснаvalmorales.com) es la dirección de correo electrónico a la que dirigir sugerencias, comentarios o cualquier colaboración.

Seréis recibidos con agrado.



**Friso de la fachada principal de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Prado.**

**(Talavera de la Reina)**

## LAS CALLES DE MI PUEBLO



**D**espués de dedicar un tiempo, tan grato para mí, a recorrer “**Mis Caminos**”, me propongo ahora andar y comentar las calles de mi pueblo y escribir pormenores, historia y razones, cuando las consiga, del porqué de determinados nombres que tienen una relación directa con Los Navalmorales, pues, naturalmente, hay muchos que pertenecen a personajes, hechos, acontecimientos etc, de la Historia y la Cultura en general, y a los cuales me referiré sólo cuando me parezcan interesantes para este fin.

No me he planteado todavía definitivamente la forma en que iré haciendo estos comentarios, pero vaya como comienzo, aprovechando la salida de nuestra revista Forja, los referentes a la calle *Mariano Gómez Hiniesto*, cuyo rastro he ido siguiendo desde hace algún tiempo. En sucesivas publicaciones de Forja los ampliaré.

Mariano Gómez Hiniesto nació en Los Navalmorales, el 5 de Agosto de 1874, en la calle Olivares 27. Su padre fue Mariano Gómez, y su madre Gervasia Hiniesto. Era el segundo de siete hermanos, de profesión labrador. Fue tallado quinto en 1894, con el compromiso de servir doce años.

Me parece necesario poner aquí algún dato sobre la situación exterior de España en estos momentos.



*“ Mariano Gómez Hiniesto, soldado del Escuadrón de Caballería de Almansa, hijo de Manuel y Gervasia, natural de Navamoral de Pusa, provincia de Toledo, de 22 años de edad, soltero, labrador”.*

Refiere que el día 8 de Junio, en la acción del “Eugenio Garro”, formando parte de la columna de S. Quintín, fue herido por el enemigo, recibiendo nueve machetazos dejándolo por muerto. Y encontrándose solo, porque ya la columna había marchado, se dirigió a la ventura por ver si encontraba auxilio, recogiendo dos paisanos que le llevaron a una choza, y desde allí avisaron al Caimito, viniendo de dicha junta una comisión de la Cruz Roja que le recogieron y, en camilla, le trasladaron al Caimito donde le hizo la primera cura un médico civil cuyo nombre no recuerda. El día 9 le trasladaron en un coche a Guanajay, donde ingresó en la sala de Heridos del Hospital Militar, donde fue asistido hasta el 3 de este mes, en que vino al Hospital Militar de La



Habana propuesto por inútil, habiendo sido declarado inútil el 20 de Agosto del presente año de 1896.

Según el Diario Clínico, estos machetazos le hirieron en cabeza, cuello, ambas manos, hígado y esternón. En él se detallan las características de cada herida y el tratamiento y alimentación a seguir.

Posteriormente, y con fecha de 28 de Septiembre de 1896, existe otro Documento del Hospital Militar de S. Antonio de los Baños en el que se especifica:

El soldado Mariano Gómez Hiniesto del Batallón Borbón, tercer escuadrón de Caballería, murió por fiebre amarilla a las 11 de la mañana del día de la fecha.

La repercusión que tuvo este caso en Los Navalmorales fue importante, como se refleja en los Libros de Actas del Ayuntamiento correspondientes:

*En Sesión del día 11 de Octubre de 1896*

*“...manifestó aquel a la Corporación que en el nº del periódico “El Imparcial” correspondiente al día de ayer, se hace público el heroico comportamiento observado en la acción de Las Lomas de Caimito (Cuba), con la partida de Acosta, por el soldado del Regimiento de Caballería de Almansa, Mariano Gómez Hiniesto, natural de esta Villa e hijo de los vecinos Manuel y Gervasia.*

*El Ayuntamiento oyó con satisfacción tan agradable noticia y acordó por unanimidad, que asociada a las autoridades judicial, eclesiástica y militar de esta Villa, a cuyo efecto se les pasará la oportuna invitación, felicitar personalmente en la tarde de este día los padres de tan heroico*

*soldado, dándoles por su brava conducta la más cordial enhorabuena; declarar al Mariano, como desde luego se declara, hijo predilecto de esta población; señalarle en su día la pensión vitalicia que permitan los recursos municipales, y otorgarle el día que regrese a esta Villa el más entusiasta recibimiento, haciendo un llamamiento general a los vecinos para que en aquel acto honren y distingan al Mariano como se merece.*

*También acordó el Ayuntamiento, que como desde hace algún tiempo no se tengan noticias de este héroe, y quedase gravemente herido en la indicada acción, se dirija el Sr Alcalde al Excmo. Sr Ministro de la Guerra, rogando a S.E se digne manifestar si aún vive el Mariano para gloria de la Patria, satisfacción de su familia y orgullo de este vecindario.”*

Igualmente, con fecha 18 de Octubre de 1896, en sesión del Ayuntamiento se expone:

*“Por último, el Sr Presidente manifestó al Ayuntamiento que el Excmo. Sr Ministro de la Guerra, contestando con atento B.L.M a la pregunta que en virtud del Acuerdo de 11 del actual se le dirigiera interesándole el heroico soldado Mariano Gómez Hiniesto había fallecido en Cuba; manifiesta que en las relaciones de fallecidos en aquella isla hasta el 20 de Septiembre último no figura dicho soldado. El Ayuntamiento oyó con satisfacción tan grata noticia y acuerda que quede así consignado en la presente acta.”* (Como ya hemos referido anteriormente, Mariano murió el día 28 de Septiembre)

La reacción de los vecinos del pueblo se refleja en una Copla, cedida amablemente por Matea Sanchez-Huete Muñoz de la Torre, que parece se cantó en un homenaje que se le hizo a nuestro personaje, aunque no se sabe la fecha exacta. Dice así:

***Mariano Gómez Hiniesto,  
hijo de Navalmoral  
perteneciente a Toledo  
a la Historia pasará.  
Peleó con once insurrectos  
de los cuales mató a cuatro  
y los otros le decían***

A esta guerra fueron enviados numerosos soldados españoles. Nuestro pueblo pagó un alto tributo pues, según los Archivos del Juzgado de Paz, veintitrés hijos de Los Navalmorales participaron en esta contienda, de los cuales, nueve murieron allí, otros regresaron y de otros no sabemos su destino con certeza.

*dame el fusil o te mato.  
Pero el valiente guerrero  
con ellos se defendió  
y por eso este gran hombre  
a la Historia ya pasó.*



No he encontrado la fecha exacta en que pusieron su nombre a la calle, pero me informa Sole Olmedo (a quien agradezco su amabilidad) que, según los datos del Archivo del Juzgado de Paz, la primera fecha de un nacido en la citada calle es de 1913.

*“...se hace público el heroico comportamiento observado en la acción de Las Lomas de Caimito (Cuba), con la partida de Acosta, por el soldado del Regimiento de Caballería de Almansa, Mariano Gómez Hiniesto...”*

**Pilar García Camacho**

## LA TORRE



*“La torre de mi pueblo  
no la puedo olvidar.  
No la puedo olvidar  
porque la tengo amor...”*

Esta vieja canción aún suena en mis oídos. Como sonaba cuando era estudiante, allá por las riberas del Tajo, con la morriña atenazando la garganta y alargando los meses, sin encontrar nunca el día que pusiera punto final a tantas horas de distancia. Sonaba igual que ahora, con un cierto sabor a fado y esa melancolía que el terruño lejano pone en las voces, desentonadas por la emoción cuando la nostalgia empaña los horizontes de la vida.

El presente no es nada si le quitamos las experiencias pasadas, que son la esencia de nuestro ser actual. Cuando miro hacia este pueblo, desde las implacables lejanías que la vida me impone, la silueta de su torre se yergue por encima de todos los paisajes que pueblan mis recuerdos. Su sombra se alarga de calle en calle, de patio en patio, y encuentra la mirada de cada uno en su diario trajinar. Allí se fija para siempre, anclando en la retina, aposentándose en algún rincón secreto de cada alma. La recia sillería en que apoya sus cinco cuerpos de ladrillo, con sus balconcillos y el fino chapitel que la corona, jamás abandonará los espacios interiores de quienes hemos vivido bajo esta sombra esbelta y protectora. Su personalidad ha dejado en cada neurona la impronta de su figura

gentil.

A diario pasaba junto a ella. Me entretenía el planear de algún alcotán alrededor del pararrayos sobre la cruz que remata el chapitel. Y me divertía el revoloteo de las palomas con sus pasos de señoras decimonónicas en los rehundidos y en las cornisas que la rodean por sus cuatro puntos cardinales. Más de una vez intenté abatir alguna con el tirachinas que me había preparado mi padre con una horquilla de encina en el río Pusa. Mis esfuerzos resultaban baldíos. Ellas se movían seguras en sus alturas sin que los proyectiles consiguieran siquiera desviar la



atención de sus miradas. Sólo la cercanía de las rapaces, acechando desde las nubes, las hacía huir en desbandada.

Algunas veces me detenía, junto a los sillares de la torre, el poderoso tableteo del pico de la cigüeña, que venía escuchando desde mi casa y que las gentes asociaban con el soniquete del mortero machacando los ajos. En una esquina de la cubierta de pizarra, de la que arrancan los balconcillos, colgaban del vacío los bordes leñosos de su nido. La hojarasca apenas me dejaba ver el plumaje blanquinegro de la zancuda o los movimientos de su cuello, ese garabato risueño donde empieza a caracterizarse su figura.

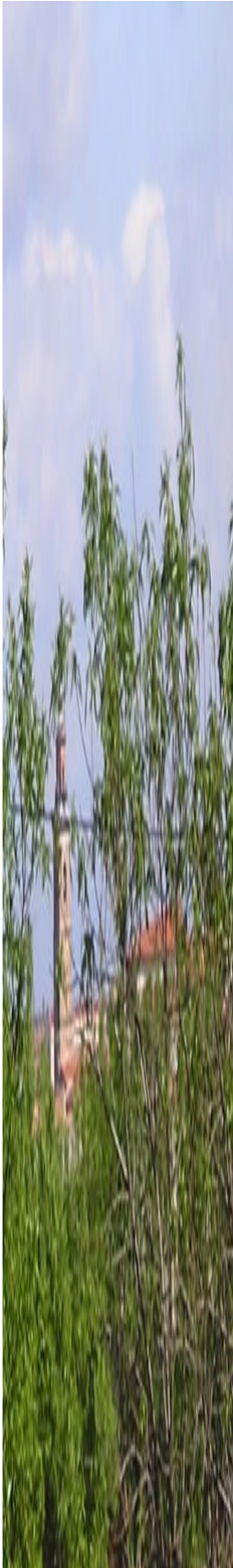
Siempre he creído que alguna fuerza poderosa y antigua sujeta los nidos de estas aves. Puede ser la misma fuerza que, generación tras generación y año tras año, las hace volver al mismo lugar desde calientes y desconocidos panoramas. Sin duda tiene algo que ver el redoble del tambor de san Blas, el brillo de la luminaria en la plaza de la



iglesia o el jolgorio de los muchachos alrededor del tío Soga añorando la primavera: *Ran cataplán, el tambor de san Blas...* Luego, de repente, cuando los primeros fríos del otoño aceleran el paso y nos levantan el cuello de la zamarra, nos damos cuenta de que el pico largo y rojizo de las cigüeñas ha dejado de crotorar sobre nosotros. Y alguien comenta que las han visto volar hacia los campos del sur.

No solo sólo cigüeñas, palomas y alcotanes habitan los espacios de la torre. Con el buen tiempo bullen sus cercanías, acribilladas por los vuelos acerados de golondrinas y vencejos. Las tardes de verano pueblan la plaza y las calles próximas con chiquillos que juegan a las chapas en las escalinatas de la iglesia, hacen equilibrios en el friso saliente de la capilla del Carmen, saltan al burro o se divierten de cualquier otra manera que el uso y la tradición transmiten de una generación a otra y que permanece en el pueblo como la presencia de las aves por encima del campanario.

Unos cuantos muchachos dejan de repente los juegos y se apresuran hacia la sacristía. Alguno sale de ella acompañando al sacristán hacia la torre, y el metal dulce y sonoro de las campanas empieza a llamar de puerta en puerta. El panorama de la plaza cambia. Se va llenando de pasos devotos que penetran en el templo. A la entrada, algunos corrillos masculinos apuran su cigarro y su charla hasta que el último toque de campana - del campanillo - los sienta cachazudamente en algún banco de la iglesia.



No es fácil olvidar aquellas campanas velando con sus sonos el acontecer de la vida de un pueblo entero. Sobre todo si el que escribe o lee estos renglones es uno de los monaguillos que todos los días las hacían sonar. Con alegría giraba el *din-din* del campanillo para dar la señal de aviso antes de comenzar la misa o los rezos con los que la religiosidad de las gentes alimentaba sus jornadas. El bronco *“don..., don..., don...”* de la campana gorda miraba la plaza de la iglesia, donde se hacen y deshacen las procesiones, las escalinatas del templo con el incesante subir y bajar de los fieles acosando al cristo con sus plegarias. El sonido gordo de esta campana alternaba con otro más liviano: *“dan..., dan..., dan...”*, producido por la mediana, contrapunto aguijoneando el sentimiento de los indiferentes. La combinación de ambos sonidos, sus silencios, su ritmo y su cadencia daban el mensaje exacto, la llamada inequívoca. Era la voz de la divinidad que buscaba el encuentro con los hombres. A veces era también la voz de alerta contra la catástrofe repentina, una voz capaz de arrancar el esfuerzo solidario ante la desgracia.

Otras veces, las campanas sonaban con la voz larga de las horas negras. El lamento de la esperanza dolida, presente en cada uno de los matices sonoros del bronce que el aire dispersa de casa en casa con el toque de difuntos. Parsimonia de metal que recorre uno por uno los rincones del espíritu y los llena de un vacío seco e infinito, suplantando los espacios que un día aposentaron a los seres que amamos y nos dejaron para siempre. Por ello, en la noche de difuntos, las campanas tañían hasta el amanecer. Para que el más allá tuviera tiempo de tomar posesión de nuestros rincones más íntimos y llenara ese vacío sustituyendo las palabras, que no se habían pronunciado en vida, por el lento, monótono y desasosegador: *“don..., dan..., dan..., dan-don..., dan-don..., dan..., don..., don..., don..., dan-don..., dan..., don..., dan-dan...”* Como si los lamentos de todos los que habitábamos estas calles se unieran esa noche para llorar a quienes las abandonaron para siempre.

Sin embargo, en días especiales, de fiesta mayor, con procesión solemne, el campanario crece al infinito. A él subían los monaguillos - y algunos campaneros voluntarios - para sentirse por un rato dueños y señores de los espacios sonoros. Liberaban cigüeñales y badajos de sus cuerdas para transformarlas en brazos. Sus propios brazos. Fuertes, sincronizados, ágiles. Volteando al unísono las tres piezas del campanario: *“dan... dan... don, dan... dan... don, dan... dan... don, lindando... dad..., de..., d...”* Volteando hasta llegar al éxtasis del giro, a la velocidad del silencio, cuando el badajo ya ni siquiera golpea la hoja de la campana, pero se funde en ella y se transforma en una resonancia callada en medio del repiqueteo frenético y glorioso que desborda todas las alegrías interiores y hace vibrar ventanas y tabiques de las casas cercanas: *dan... dan... don, dan... dan... don, dan... dan... don, lindando...*

*dad..., de..., d...,*

Por encima de estos volteos de gloria, cantos de dolor, llamada a la oración y al rito, a la ceremonia vital, diariamente surgen otros ecos de esta torre. Es el campaneo repetido, regular, exacto, que procede del reloj. A todas y cada una de las horas, y a las medias horas de todos y cada uno de los días en que nuestra existencia permanezca tutelada por ella, ese sonido marcará familiarmente todos los pasos que el tiempo va dando en el devenir imperceptible e inexorable que es la vida. El comienzo y el fin de todas las actividades, del trabajo y del descanso, del día y de la noche están controlados por el *'dan..., una, dan..., dos, dan..., tres...'* de la campana invisible alojada en los entresijos del reloj de esta villa.

Ahora, cuando vuelvo a esta plaza, a la que retornan muchas veces las querencias de los que crecimos en ella y de ella nos marchamos, echo de menos los momentos pasados en este entorno marcado por su campaneo, por su iglesia y por su torre. A pesar de que los tiempos y la tecnología, ayudados por cierto espíritu crematístico, hayan alterado los matices artesanales del bronce, los toques de las campanas siguen marcando las vidas de las gentes. Y la silueta gentil de la torre, que levantó Fray Lorenzo de San Nicolás, allá por el siglo XVII, con ladrillos de barro y sillares de granito, permanece realizando esta villa con la gracia de su arquitectura.

Aparentemente indiferente, aparentemente lejana, la torre cuelga de las nubes los altos vuelos de su veleta mientras la vida ocurre abajo. Sin embargo, observo en los ladrillos de sus alturas las cicatrices de acontecimientos no deseados que parecen remotos, pero que aún guardan rescoldos dolorosos en los ojos de algunos habitantes. Quizás por ello me gusta imaginar su mirada cargada de curiosidad. La misma de mi retina y de mi mente cuando la existencia empezaba a abrirse ante mí con sus infinitas posibilidades y con sus dolorosas renunciadas. Cuando observaba con ansiedad la carretera que discurre cerca de ella y que se pierde hacia paisajes desconocidos, escudriñados desde las alturas del campanario por una mirada joven que no piensa tanto en lo que deja como en el valor de lo que puede encontrar al otro lado de las lejanías.

---

*No es  
fácil  
olvidar  
aquellas  
campanas  
velando  
con sus  
sones el  
acontecer  
de la vida  
de un  
pueblo  
entero.*

**El buen amigo**

## EL RETABLO V

(continuación)

### SAN JOSÉ Y EL NIÑO

**E**s la única pintura del retablo. Es un óleo ovalado por el marco que le presta el retablo, muy retocado y maltratado, sobre todo la figura de San José, ya que la del niño luce, después de la última restauración, toda su belleza.

Constituye el foco y centro del ático y está enmarcado en una orla de nubes de plata, cabezas de angelitos y rayos que nos recuerda, aunque con ciertas variantes, tanto las plateadas nubes como las cabecitas que están en la base de la Inmaculada del retablo del altar del Ayuntamiento de Toledo, obra de Ignacio Alonso, padre del artífice de nuestro retablo, lo que nos hace pensar en un punto de inspiración, si no de colaboración entre ambos artistas. No es el único punto común entre ambos retablos, pero sí es el que ahora nos interesa resaltar.

Si esta pintura fue realizada para el marco que tiene o fue, con un origen ajeno, enmarcada en él, como ocurriera con el Santiago apóstol, no lo sabemos, aunque el hecho de que las condiciones y capítulos del retablo no hablen del tema, nos lleva a pensar en lo primero.

El tema sí nos centra en una devoción explícita de aquellos momentos, muy extendida, sobre todo en los conventos, a raíz de la tan comentada devoción que



Santa Teresa cultivó hacia tal motivo devocional.

Cuando Paula Revenga, máxima autoridad en la pintura barroca toledana, habla de la distribución de las obras realizadas por el asunto, entre los motivos más repetidos habla del “grupo de santos, entre los cuales incluimos a San José y a San Antonio, siempre relacionados con el niño Jesús que llevan entre sus brazos en un deseo de hacer más accesible y humano el hecho milagroso. Nos comenta, por poner un caso, el San José con el niño de Blas Muñoz que se conserva en el convento de Santo Domingo el Real y, cuando habla del número de los que se hicieron, comprobamos que esta elección temática estuvo muy extendida.

El estudio socio-cultural que hace de los pintores que trabajaron en el Toledo de aquella época nos explica también que el hecho de que nuestro cuadro no tenga firma es común y que lo extraño es encontrarnos dicha rúbrica; en primer lugar por el entorno en el que están enmarcadas y también

porque aquellos pintores, amén de que algunos no sabían escribir ni firmar otros, no pensaban en sus obras como fórmula de perdurabilidad, sino de subsistencia. Estaban más cerca del mundo artesanal que del de los artistas tal como le conocemos hoy o funcionó en otras épocas en Toledo. Incluso entre los más solicitados y considerados, salvo algunas excepciones, no firmaban sus cuadros. Podría haberse examinado el nuestro por detrás, porque también tenemos noticias de que era ahí donde algunos dejaban su sello, pero tampoco se hizo en la última restauración.



El lugar, decíamos, también es determinante para esta anonimidad. Eran los mismos artífices ensambladores del retablo los que contrataban por su cuenta estas pinturas con dichos artistas y era poco habitual formalizar este contrato mediante escritura protocolizada y rara vez aparece el nombre del pintor, salvo como una exigencia de los que encargaban el retablo; sencillamente se establecía un contrato de carácter privado del que tenemos noticias por testamentos y otras formalidades que los descubren.

Aventurar un nombre entre la larga lista de pintores que Paula Revenga recoge,

sería una temeridad; centrarnos entre los que señala como más destacados y de mayor éxito del momento entre los toledanos: Miguel y Simón Vicente, Hipólito de Torres, José Ángel Jiménez, basándonos en la calidad y belleza que, por nuestra parte, atribuimos a este lienzo, tampoco deja de ser aventurado.

Hay que dejar el tema abierto, si queremos hablar con algún rigor y sólo diremos que estas relaciones contractuales entre los arquitectos ensambladores y los pintores se movían, salvo indicaciones de quien pagara, por la amistad y el precio, y sólo vamos a apuntar una relación cercana a nuestro artífice, Vicente Alonso, que es la de su padre Ignacio Alonso, a quien vemos trabajando en Madrid, junto con Simón Vicente en 1679, realizando el arco efímero para la entrada de la reina María Luisa de Orleans. En 1682 el pintor es padrino del hijo de Ignacio Alonso, Blas, hermano de nuestro Vicente. Y en 1690 Ignacio Alonso es testigo del bautismo de la hija de Simón Vicente. Son datos rastreados por la autora en los archivos parroquiales toledanos.

Tenemos una religiosa de nuestro convento, doña Potenciana Muñoz, que residió en él por estas fechas, hija de un Blas Muñoz y María Romano, pero no he podido identificar a este Blas Muñoz con el artista. Dejo abierta esta hipótesis de autoría.

Sepamos o no su autor, es indudable que estamos ante un cuadro con detalles de cierta calidad. Es una composición sencilla: un San José de medio cuerpo que sostiene en sus brazos a un niño Jesús desnudo sobre un ligero paño blanco que se le enreda en el pliegue superior de la pierna izquierda y que recoge, al mismo tiempo, con la mano izquierda, el báculo o vara florecida, signo, para algunos autores, de su virginidad.



Presenta el santo una actitud cuidadosa, reverente en su modo de sostener al niño, pues sus dedos más parecen rodear que recoger al pequeño; con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos entrecerrados, dejándose acariciar, por aquel, su poblada barba; revestido de una especie de hábito pardo de tono monacal, poco atendido por el pintor o muy deteriorado por las restauraciones sobre el que cae una abundosa cabellera también del mismo color y con pocas ondulaciones, pero que le da esa imagen joven, fuerte, vigorosa y protectora frente al anciano esposo de la Virgen, imagen tradicional que, en esta época de la que hablamos, parece romperse. Seguramente lo más cuidado de su imagen son los dedos de sus robustas manos que parecen perderse en una delicadeza que lo restante de la figura no sabe expresar.

E. Mâle ha sabido trazarnos con pocas palabras y decisivos datos la evolución en el tratamiento de su figura desde que empieza a despertar interés a finales de la Edad Media, multiplicándose en el siglo XVI por un libro que publicó el dominico

Isolamus sobre él. El libro, nos comenta el autor, fue escrito para seducir muy particularmente a las órdenes monásticas, pues, San José, que había poseído en grado sumo las virtudes de la pobreza, castidad y obediencia, era el modelo natural del religioso. Ya hemos señalado el ejemplo de la devoción de Santa Teresa, quien lo invocaba como padre de su alma, como nos recuerda también Pérez-Sánchez, al explicarnos también, con gran acierto, la evolución en el tratamiento de su figura, recogiendo, además, en dicho comentario, la imagen de la escultura de José de Mora en el tabernáculo de la Cartuja de Granada, en una escena muy parecida a la nuestra hasta en la caricia del niño de la barba del santo y la manera de recogerle éste en sus brazos.

Aunque el centro geométrico del cuadro es la mano del niño que acaricia la barba, sus ojos, que no dejan de mirar a quien lo mira, parecen querer decirnos que la travesura o juego infantil es algo más que un juego; quiere enseñarnos, mostrarnos la figura del esposo de María, como manifestando, en este ejercicio de

presentación, la condición superior del presentado, pues la humanidad aparental del niño hermoso, sanote, rubio, inocente, que juega con su padre, que roba toda la luz del cuadro, se trasciende; de él parece emanar hacia la cara y las manos del santo, hacia la milagrosa y bellísima vara florecida que tiene detrás, sobre el negro fondo que ocupa todo el cuadro, una divina luz; esta carne inocente y delicada que le formula como niño es algo más que humana: tres rayos diminutos, apenas apuntados, que nos hacen pensar en las terminaciones de una cruz, fulguran sobre su cabecita; no es la aureola del santo, es el mismo Dios hecho niño, hecho hombre que vino para redimirnos en la cruz.

Constituye, pues, el mensaje del cuadro, la suma glorificación de San José: es el mismo Dios el que le enciende y glorifica.

### LOS ÁNGELES

Cuento veinte ángeles, no todos de figura completa: nueve son de cuerpo entero, alados, con el consiguiente colorido de las plumas, que complementan la carnadura y rompen, junto con las figuras y otros pocos detalles, la uniformidad dorada

y cegadora del conjunto del retablo.

Hay otros dos situados a ambos lados de la figura de Santiago que muestran, saliendo del tupido follaje, el cuerpo y el brazo.

Tenemos, cerrando las calles laterales, los dos que coronan la cartela y cúspide de las mismas, sin alas, con la mera cabecita y un ornato de ropaje sobre el cuello.

Los cinco que asoman los rostros y alas cerrando, en la parte superior, en el ático, las nubes plateadas que bordean, como marco, el cuadro de S. José y el niño.

Y los dos de las calles laterales de los tableros de la predela con la carnadura facial y las alas doradas.

Salvo estos últimos que, a pesar de la belleza de su acabado, parecen ser puro ornato (igual que los cinco del ático que alternan su morfología facial con las plateadas nubes), todos están colocados en la parte superior del retablo.

Excepto los dos que forman parte de la línea del eje del retablo, todos los demás muestran, de forma binaria, en ambas zonas



laterales, una colocación y una hechura idéntica, guardando una simetría, que se repite en todos los motivos de ornamentación en ambos lados del retablo. Aquí no hablamos de cuerpos ni calles, sino de un eje central, una línea sobre la que podríamos plegar ambas partes con una correspondencia casi absoluta.

¿Qué le da, entonces, al retablo ese aire barroco castizo, churrigueresco que nos muestra? En mi opinión los motivos empleados y, sobre todo, los entrantes y salientes, los vanos, los claroscuros, la profusión de adornos redondeados que se desbordan hacia todos los puntos, el movimiento que cada pieza guarda en sí misma, en su “interior”- no olvidemos que estamos ante una obra de arte para entender esta expresión-, su colocación, porque su estructura es asombrosamente simétrica, armónicamente simétrica.

Si salvamos la mirada de algunos ángeles de la izquierda que miran hacia arriba y sus correspondientes de la derecha que miran hacia abajo, la proyección visual de los demás “gemelos” es equivalente. En cualquier caso, la mirada, la cabeza de los ángeles proyectan sobre el espacio hacia todas las direcciones una fuerza dinámica que es fácil observar.

No todos tienen la misma calidad de acabado, salvo los dos ángeles músicos y los tres tenantes que sostienen el escudo y que presentan un aspecto más original y trabajado, todos los demás participan del canon de los ángeles barrocos, mofletudos, inexpresivos, con algún apunte de sonrisa o aire de impavidez, o la graciosa elevación de los brazos que les da una carga suplementaria de inocencia infantil, de juego, o el inverosímil asentamiento que les confiere la ingravidez barroca.

Su distribución, que nos podría hacer trazar esquemas de aspas, elipses, triangulaciones, crestas, siempre perdiendo sus posibles aristas, aparte de las simetrías antes comentadas, nos hace soñar en la ilusión de ver al tracista repartiendo, sobre el papel original, volúmenes, movimientos, proyecciones que convierten en admirable su mente de creador.



Habría que regalar una mirada especial a los ángeles músicos, encumbrados en pináculos revestidos de rizada hojarasca que podrían confundirse con doradas nubes sobre las que flotan esparciendo qué celestial música en aquel espacio, con sus ropas estofadas no con tanto cuidado como en las tallas de los santos pero sí con aceptable dignidad, policromadas de una alegría de colores que no hay en ningún otro lugar del retablo, con unas encarnaciones “a pulimento” suaves y delicadas de la que sólo goza la talla de Santiago, la mejor de todo el retablo.

No quisiera pasar el pequeño comentario sobre los ángeles sin apuntar una clave interpretativa en relación con ellos. Hemos hablado de un cielo, de la representación del cielo cristiano o católico y



me atrevería a decir muy español, de aquella España barroca de la Contrarreforma, claro.

En este cielo están los santos, en este caso, los santos venerados por la Orden, que, por su importancia, trascienden la misma y las conexiones de la monarquía católica con ella: San Fernando y el espectacular escudo elevado a la mayor altura de este cielo, pero también los ángeles, un componente celestial, en este caso, más genuino, menos cultural o político. Otro componente, ahora arquitectónico, de basamento, de constitución, pero tan ornamental como los demás: las columnas salomónicas, que nos llevan al Antiguo Testamento, al templo de Salomón, ahora transformadas por la nueva ley: la ornamentación de las mismas con la vid: la Eucaristía. Nos falta otra: la abundante ornamentación que lo puebla: flores, frutos, hojarasca...

Sólo una interpretación platónica nos podría llevar a reunir tales conjunciones de contrarios para explicarlas: la belleza que nos anuncia la suprema belleza. La naturaleza terrenal y el cielo, como contrapeso.

La naturaleza da las flores, la vegetación; el cielo da los ángeles; el poder temporal –la monarquía– da los reyes, la iglesia da los santos y se conjuntan ambos poderes en el santo rey; el Antiguo Testamento da el Nuevo, el templo divino de Salomón da el templo cristiano, el cuerpo de Cristo, la Eucaristía.

Todo es un proceso, un movimiento de transformación, de santificación y también la naturaleza se transforma en ángeles por contacto, por contaminación,

por confusión. La tierra es el cielo, el cielo puede ser representado en la tierra, los fieles tienen ante los ojos esta fusión, esta confusión, su amalgama barroca, la divinización de lo humano.

El hombre, que lo contempla, puede alcanzar el cielo representado con una morfología tan humana ante sus ojos como la que la mente teológica de este tiempo ha sabido formular a través del arte.



**Francisco del Puerto**

## EL PORTALÓN

**N**ada queda del viejo portalón. Nada de su suelo fresco de tierra apisonada, de su techo de vigas de madera aguantando el calor y el peso de la troje. Lo que ahora veo en esta casa no encaja en mis recuerdos ni se parece a aquella otra que ocupó la misma superficie y que usó el mismo espacio. Las paredes entre las que nací, los suelos donde di mis primeros pasos, el aire en el que balbucí mis primeras palabras, la tierra donde tracé los primeros garabatos con intención de letras..., esa construcción incierta, destartalada a veces, como si su vasta e irregular geometría estuviera hecha de tiempo viejo... Lo que ahora contemplo sólo lo puedo ver con los ojos de la memoria, ese lugar al que regresamos cuando la vida ya ha alcanzado el futuro y retoma el pasado en la nostalgia de las cosas.

Añoro el portalón con el grueso blancor de sus paredes, la sombra de su cal, sus vigas recias de madera vasta, su suelo fresco, recién regado en las tardes del verano. Nuestro refugio, abuela, mientras el resto de la familia gozaba de una siesta que a los dos se nos hacía insoportable. A mí, por inquieto -acababa de cumplir los cuatro años-. A ti, porque la edad ya no te permitía dormir tanto, como si el viejo refrán fuera tomando cuerpo en tus manías. El ansia de aprovechar la vida te despertaba en las largas madrugadas para robarle horas al día. Utilizabas la mayor parte del tiempo, ahora sin sueño, para realizar las faenas que se podían hacer en cualquier otro momento. Espabilabas a las gallinas al salir el sol, recién salidas de sus nidales. Los pobres bichos huían de ti con un espantado cacareo, dejando a su alrededor una leve polvareda de plumillas algodonosas. En el duermevela de la casa, que comienza a desperezarse, te siento trastear entre los pucheros del fogón con un inconfundible ruido de cacharros.

El sol calienta los tejados. El empedrado de las calles irradia el sopor lento de la canícula. La luz reverbera en el calor de la siesta y envuelve los cuerpos en sentimientos de indolencia. La modorra de la digestión hace que la gente busque el cobijo de la cabezadita dulce en un sillón, o de ese momento reposado a conciencia entre sábanas y bostezos de regusto. La abuela riega el portalón y se sienta en una silla de enea baja, luego toma el cesto de la costura y se convierte casi en el único ser viviente despierto de la casa.





La sorprendí así el primer día que me escapé de la siesta. Como todas las tardes, la madre nos había obligado a meternos en la cama a Santiago y a mí bajo la amenaza de una azotaina. Apenas podía con nosotros a esas horas en que la filosofía del sesteo no es precisamente la más adecuada a nuestra poca edad. Ni mi hermano ni yo, rebosantes de vida, hacíamos caso a sus amenazas. La madre, harta de nuestros gritos, de nuestras risas, de la algarabía de nuestros saltos sobre los colchones, salió de su habitación con el gesto de mal humor que le habían puesto en la cara sus frustradas ganas de dormir, nos echó una sonora reprimenda y nos repartió un par de fuertes azotes en el culo. Eficaces porque la tranquilizaron a ella, hicieron dormir a Santiago y a mí me sosegaron y me acurrucaron en la cama. Pero no consiguieron derrotarme y hacerme caer en el sueño como a él. Mi hermano, por ser mayor, debió sentirse más culpable y rápidamente se durmió. Agazapado en la cama, cara a la pared, se me fueron secando las lágrimas. Sentí

la casa tranquila cuando escuché unos suaves ronquidos rozando la penumbra. Sigilosamente salí al patio, donde el calor bochornoso de la siesta en agosto se aplana en las hojas del emparrado y arruga los dondiegos, haciendo llegar a mis oídos el canto de las cigarras en los rastrojos cercanos.

Ella está sentada. Vestida con sus sayas oscuras que ponen su contrapunto de equilibrio en el rabioso blanco de las paredes y en el agobio resplandeciente de la hora. Tiene a su lado el canastillo de la costura, tejido en mimbre blanca, lleno de carretes y bobinas de hilos de color, de pequeñas telas blancas a medio bordar. En una mano sostiene un papelillo de color verde. Lo mira fijamente desde sus viejas antiparras de metal fino, colgadas en la punta de la nariz. Mueve los labios, diciendo algo en voz baja, disfrutando de una intimidad rescatada del sueño colectivo de la casa. Habla sin sonidos, como lo hace cuando reza delante de la imagen del cristo y sólo ella conoce sus murmullos.

-¿Qué haces, abuela?

-¿No lo ves? Leo.

-¿Eso qué es?

-¿No sabes qué es leer?

-No.

-Claro..., como en esta casa nadie lee... Pues ya es hora de que lo vayas sabiendo, hombre, que pronto has de ir a la escuela.

Me miró con el gesto severo. El gesto que endurecía sus arrugas cuando trataba de hacerse respetar.

-Mira, zagal. Leer es decir lo que está aquí. ¿Ves estos papeles?

Con sus manos temblonas saca del canastillo el mazo multicolor, atado con una goma blanca, como la que usa para las ligas que me pone con los calcetines de invierno. Deshace el mazo y une a las octavillas la hoja verde que antes sujetaban sus dedos. Una a una las hace pasar ante mis ojos.

Algunos papeles están gastados, otros nuevos. Los hay de color verde, morado, rojo, azul..., hasta blancos pueden ser. Los papeles tienen marcadas, a todo lo largo y ancho de su superficie, unas rayitas de color negro que me parecen patas de mosca retorcidas. Pero éstas son más bonitas, como graciosos monigotes formando grupos, bien colocados, unos detrás de otros, unos debajo de otros, sin salirse nunca del papel.

-¿Ves estas rayitas negras? Son las letras.

-¡Ah!

-Mira, acércate. Ésta tan redonda, ésta que parece un aro... ¿Sabes cómo se llama?

-No.

-Pues ésta es la o.

-¿Y este ganchito con un puntito encima?

-Esa es la i. Mira ésta, es un aro con un rabito, es la a. Juntas, como aquí están con otras, dicen cosas.

-¿Qué cosas dicen?

-Dicen palabras y las palabras pueden decir todo lo que tú quieras, todo lo que se te ocurra. Mira, este papel amarillo cuenta una historia.

-¿Cuál?

-La de la crecida del arroyo del pueblo...Un día, como hoy, hacía mucho calor... Por la tarde hubo una tormenta muy grande. Cayó mucha agua del cielo... Tanta que no cabía en el arroyo y se salió de él. Llenó las calles y las casas, ahogó a los animales en los corrales, los arrastró, muertos, por los campos. Algunas mujeres y algunos niños estuvieron a punto de ahogarse... Muchas casas se derrumbaron.

-¿Todo eso dice ahí?

-Sí, hijo, sí. En este papel. Los otros papeles dicen otras cosas. Mira, este morado habla de la Fiesta. Del año que soltaron una vaquilla muy mala... Cuenta los revolcones que dio a los mozos... Que el hijo del tío Blas terminó con el traje nuevo completamente roto y que su padre, cuando lo vio, quiso sacarlo de la plaza, pero que cuando saltó al ruedo para echarle una reprimenda, la vaquilla se lió también con él...

-¿También lo revolcó?

-También.

-Y esas historias ¿fueron de verdad?

-No todas. Pero parecen de verdad. La gente las lee por eso, porque parecen de verdad.

-¿Como los cuentos que nos cuentas?

-Pues sí, como los cuentos que me hacéis contaros cuando estamos a la lumbre en el invierno, o cuanto no podéis dormir por la noche y tengo que ir a vuestra habitación...

-Pero esos cuentos salen de tu boca, no tienen letras en un papel.

-Muchos sí que las tienen, que me los leía mi madre cuando yo era pequeña como tú. Otros se los habían contando también a ella. Seguro que todos están escritos en algún papel, aunque yo no lo tenga.

-¿Quién los escribe? ¿Tú lo sabes?

-Algunos sí, pero otros muchos no... Hay mucha gente sabia que escribe...

-¿Para qué escriben?

-Para que no se pierdan sus pensamientos y para que los demás puedan saber lo que ellos piensan. También para guardar las historias que ellos conocen. Mira estos papeles. Los que te he enseñado los ha escrito nuestro vecino, el Tío Sebastián, que los va repartiendo todos los días, con el

---

*Luego ví los papeles y, unas veces preguntando, otras pensando, también poco a poco, me acostumbré...*

---

periódico que traen en el correo de la capital. En todos los papeles pone su nombre: Sebastián Manzanilla. Es el coplero del pueblo.

Miré los pequeños trazos. Conocí la i, con su puntito. No recordé las otras que se agrupaban a su lado. Algunas eran más grandes que las demás.

-¿Por qué algunas son más grandes que otras, abuela?

-No lo sé yo muy bien, pero te lo dirán en la escuela. Supongo que para dar más importancia a algunas palabras. Por eso se escriben letras más grandes. Las llaman mayúsculas. Son las de los nombres de las personas y las de las cosas importantes como Iglesia, Ayuntamiento... y otros parecidos. ¿Las ves aquí?

-Sí. Pero ¿por qué me has dicho tú que no lo sabes? ¡Tú sabes tanto...!

-No. Yo sé muy poco, lo poco que me enseñaron mis padres, que apenas sabían. Casi nadie entonces sabía. No íbamos a la escuela, sólo los que podían pagarlo.

-¿Y tú, no podías?

-Yo tenía que trabajar, ayudar a la familia..., cuidar los cerdos, recoger la aceituna y el trigo... Cuando estaba en el campo y tenía un rato libre ¿sabes lo qué hacía?

-¿Qué, abuela?

-Escribir.

-¿Tú, escribir?

-Sí, niño, sí. Allí en el campo aprendí a escribir las letras, todas las letras... Que me las decía mi madre, luego yo las repetía para aprenderlas mejor. Con una ramita de olivo en la tierra las dibujaba. Las mismas que mi madre bordaba en una tela blanca, con hilos de color. Yo las repetía despacito, hasta que las hacía bien. Las borraba una y otra vez, las escribía una y otra vez: el redondelito, el ganchito, los dos ganchitos juntos, el redondel con el rabo... Así me aprendí bien las primeras letras, el a, e, i, o, u. Luego

mi madre me enseñó mi nombre... Empecé a repetirlo muchas veces, rayando la tierra con el palito. Después, el nombre de ella. Luego, el de mi padre. Mi padre también me enseñó palabras que yo iba repitiendo: casa, mula, vaca. Y poquito a poco, despacito pero con ganas, fui aprendiendo a escribir y a leer. Lo que decían esas letras tan bonitas. Después comencé a escribir historias, como Sebastián.

-¿Pero yo no te he visto venderlas por ahí?

-No, yo las guardo.

-¿Por qué?

-No me gusta enseñarlas...

Observé el rostro de la abuela que se había ido trasfigurando según hablaba. Tenía una expresión nueva que nunca le había visto. Me parecieron más jóvenes sus ojos, más sabias sus arrugas. Yo, con la boca abierta, no sabía qué decir. Ella continuó:

-Cuando tú aprendas a leer te dejaré mis historias... Anda, ve allí, a la leñera..., y tráeme un palito.

La obedecí sin rechistar. Tomó el trozo de ramón seco y dibujó en el suelo oscuro: Esteban.

-Mira, éste es tu nombre. Tiene dos letras muy bonitas, la e, como los churros de la feria, y la a, redonda con el rabito al lado. Toma, a ver si sabes hacer alguna.

La tierra regada, fresca, se abrió en un surco indeciso. Algo que podía interpretarse como cualquier cosa, menos como una letra, apareció trazado en el suelo: un pequeño garabato, raro y torpe.

-Para empezar no está mal, hazlo muchas veces, hasta que te canses... y luego lo dejas, hasta que tengas ganas. Y lo repites, y haces la otra letra, la a. Cuando te salgan bien te enseñaré otras y las repetirás muchas veces, hasta que sean iguales a estas mías. Así, poco a poco, aprenderás a escribir, también a leer, a saber lo que dicen todos los papeles. Tú, luego, podrás decir en ellos todas las cosas que quieras.

-¿Como tú, abuela?

-Sí..., como el tío Sebastián.

Lo hice durante el resto del verano. En todas las siestas fingí dormir para que mi madre no sospechase. Y cuando la casa estaba tranquila, envuelta en el pesado letargo de la digestión y la canícula, saltaba de la cama y me escapaba hasta el portalón. Allí me esperaba la abuela, cómplice, con el cesto de la costura lleno de historias azules y de canciones blancas, de coplas arco iris. Y un palito, un trocito de ramón seco envuelto entre sus letras.

Muchas veces he repasado aquel recuerdo. Un recuerdo que necesariamente se mezcla con el de aquellas otras primeras letras: A, e, i, o, u. Las cinco primeras letras que aparecieron por primera vez cuando abrí el pequeño libro. Mi madre me dio el cartapacio.

-Toma, esto es tuyo.

Miré la cartera de lona gris con ribetes de cuero.

-¿Te gusta?

-Bueno... sí.

-Ya lo sé. Sé que te iba a gustar. ¡Tonto...! ¡Anda, ábrela!

No supe abrirla. Mi madre me tuvo que enseñar.

-¡Mira que eres torpe! Trátalo bien.

-Claro que sí.

-Sé que lo harás. Te he visto muchas tardes en el portalón, aprendiendo a escribir con la abuela. ¿O es que te crees que soy tonta? ¿Que no me han extrañado que de repente no se oyera ni una mosca durante las siestas? A tu madre no la puedes engañar, pero tu madre a ti, sí. ¡Ah! Mañana tienes que ir a párvulos, que ya empieza el curso.

-Ya lo sé.

La abuela nos miraba satisfecha. Yo no hice ya caso de ella ni de mi madre. Todo mi pensamiento se concentró en saber lo que tenía dentro el cartapacio. Miré el cuadernillo azulado, el lápiz negro y brillante, la goma de borrar nueva, la cubierta de aquel librito que encontré aguardándome. Y me quedé clavado allí, sin atreverme a pasar la hoja, mirando, sólo mirando. Contemplé alelado la primera página en la que estaban todas, las cinco, las que yo había

aprendido a conocer, tarde tras tarde, mientras los demás dormían. Parecía como si, de repente, ellas hubieran despertado también.

La a se mostraba hermosa. Redonda y hermosa, bajo un abanico grande que me pareció tan grande y tan magnífico como el que mi madre usaba los domingos y los días de fiesta. Con flores rojas, azules y amarillas, con sus varillas caladas, unidas por la tela imprescindible que las hacía desplegarse como un arco iris sobre la primera hoja blanca de la cartilla... Así la vi esos primeros días, alegre, rotunda, volandera. Como el abanico blanco lleno de flores y de domingo, cuando la familia se vestía de fiesta y salía de paseo buscando los puestos de helados y de chucherías que esperaban a lo largo de la carretera, hasta la entrada del parque, lleno de rosales y de risas donde las tardes se hacían especiales en el bullicio y la alegría dominical del pueblo y del descanso. Con el bolso, la madre cogía su abanico. De la mano, uno a cada lado, mi hermano y yo junto a mi padre, vestido con su único traje nuevo -el de la boda- salíamos en busca del domingo.

La letra a, la del abanico, era la letra de los días de fiesta. Así la vi por primera vez cuando la encontré en aquella hoja de mi cartilla.

También estaba la e. Junto al erizo de púas afiladas que hacía guardia en la primera página y tenía un gesto que siempre se me antojó antipático. A mí siempre me ha desagradado el erizo, con su pequeño hocico que rozaba el suelo. Con sus ojillos de chico listo que se burlaban de mí cada vez que abría aquellas páginas intentando saber lo que decían.

No me cayó nunca bien el erizo. Siempre preferí la figura del churro, la que me enseñó la abuela, porque me hacía recordar la feria con su gentío y con su alegría, con el chocolate dulce y caliente, los puestos de golosinas, los regalos de los mayores, el vaivén de las barcas, el giro ondulante de los caballitos y las sirenas alegres del tiovivo.

La i, al lado de la iglesia. Una iglesia que se parecía a la pequeña ermita, esa que se veía desde todas las ventanas de nuestra casa, porque se yergue en la cima de la sierra del santo, mirando al pueblo y protegiéndolo con el gesto de los brazos abiertos desde su imagen del corazón de Jesús. Es una iglesia blanca de cal, de azules horizontes, esa que, ya mayor, descubro desde cualquier distancia, cuando estoy fuera del pueblo, al egresar a él desde mis diarias lejanías, desde las añoranzas de aquellos tiempos en los que aún no había alcanzado por primera vez su cumbre. Cuando envidiaba a mi hermano, que ya había hecho alguna escapada con sus amigos y me traía noticias de la cueva que decían que cruzaba los montes y llegaba hasta el mar.

*La letra  
a, la del  
abanico,  
era la  
letra de  
los días  
de fiesta...*

Comentan los viejos que en ella se había encontrado hace mucho tiempo un tesoro, oculto por los moros.

Ahora miro desde otras tierras la blanca silueta de su espadaña y pongo hacia ella el rumbo de mis ojos siempre que siento su presencia en cualquier momento de añoranza que me acerque hasta allí.

No sé lo que es la o, tal vez el ojo de Dios, que te miraba desde todos los sitios, omnipresente, omnisciente. Yo creo que éste no. Éste era un ojo familiar cuya presencia yo advertía sólo cuando quería contemplar algo bello, bien trazado, rotundamente marcado en esa primera página de mi cartilla. No recuerdo si tenía cejas, pero sí aseguro que la pupila era redonda y perfecta, con un acabado exacto, con unos párpados bien delimitados en unos ángulos con toda la perfección que el dibujante supo captar. Ese ojo me hacía recordar los ojos oscuros de mi madre, llenos de todos los misterios con que yo veía su mirar preocupado, o alegre, o adusto. Un mirar tan hondo como los hechos de la vida le mandaran, como la alegría, la preocupación, el cariño o la angustia fueran capaces de dictarle.

Ahora veo la u, junto a ese racimo compacto, redondo como todas las uvas que en él penden, iguales todas ellas, como los dos ganchitos que conforman la u, tan iguales y tan juntos..., como dos novios que no se pueden separar jamás, pequeños siameses del alfabeto. Quizás como las uvas que cuelgan de la parra que, si se separan no son racimo, solamente un pequeño fruto insatisfecho en el paladar, un fruto destinado siempre a ser gustado con otras uvas para poder conocer su verdadero sabor. Unos frutos destinados a ser macerados juntos para formar el caldo y adquirir ese regusto mágico que el vino gana con el tiempo.

Los dos ganchitos solos no son la u, sólo dos rabos sueltos que no saben decir nada. Ni siquiera, individualmente considerados, pueden ser i. Porque la i necesita del punto para ser ella. También ellos dos necesitan uno del otro, estar juntos, mejor ser, ser juntos... Tal vez por eso la u es la letra primera de la palabra *unión*.

U, unión, pequeñas y solitarias letras de mi primera cartilla que encontré en mi primer cartapacio de lona gris, allí donde las guardó mi madre en espera del primer día de párvulos.

La abuela me miraba despacio...

-¿Qué te parece la cartilla, niño?

-Bien..., abuela.

-¿Te gusta?

Miré las vigas viejas del portalón, donde las golondrinas hacían su nido todos los años. Una pareja blanquinegra revoloteaba cerca, sin atreverse a entrar. Sus trinos impacientes trazaban en el aire las inquietudes y los sosiegos de esa tarde alegre.

-Sí, abuela, me gustan esas letras porque pueden decir muchas cosas.

**Germán Pinto**



## COSAS DE AQUÍ



Muestra de la artesanía de Abel expuesta en el Colegio S. Francisco y en la Residencia de Ancianos Tomas Costa.



Instalación de paneles solares junto a la carretera de Espinoso y entrada a Los Navalmorales desde la misma.

AMN